

Zacatecas, la última batalla

Adolfo Gilly

El 23 de junio de 1914 cayó la ciudad de Zacatecas en poder de la División del Norte, el episodio crucial para la salida de Victoriano Huerta de la presidencia de la República. Adolfo Gilly reconstruye el antes y el después de una de las jornadas más impresionantes del combate revolucionario, y que también significaría la fractura entre dos fuerzas opuestas: la de Venustiano Carranza y la de Francisco Villa.

*Para Delfy,
bajo cuya estrella vespertina escribí estas páginas*

1

2

Cada gran batalla es una ceremonia, una obra del arte de la guerra y un sacrificio humano sangriento y atroz. La toma de Zacatecas, donde en un solo día se decidió la suerte y el fin del Antiguo Régimen, es un caso ejemplar de esa tríada.

Entre todas las batallas de la Revolución, Zacatecas tiene una carga simbólica y un aura propias. Ha quedado en el arte trágico de Francisco Goitia; en *Siglo de un día*, la novela de realismo fantástico de Eduardo Lizalde; en la dimensión mítica del general Francisco Villa y su División del Norte; y en el diario de guerra del general Felipe Ángeles.¹ Queda también, como entre brumas, en la memoria de las generaciones zacatecanas que hoy todavía, en las pláticas de las familias, las plazas, los cafés o las cantinas suelen volver y volver sobre aquel día convertido en leyenda.

¹ Eduardo Lizalde, *Siglo de un día*, Vuelta, México, 1993; Felipe Ángeles, “Diario de la Batalla de Zacatecas” en Adolfo Gilly (compilador), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Era/Conaculta, México, 2008, pp. 226-251.

Una batalla no sólo requiere armas y transportes, hombres y mujeres, conocimientos y arrojo. Requiere también dinero, material que los clásicos llamaron “el nervio de la guerra” porque sin él nada se mueve.

A inicios de 1914, Pancho Villa encabezaba ya el más aguerrido ejército de la Revolución, la División del Norte, vencedora en Ciudad Juárez, Tierra Blanca y Ojinaga. Su próximo objetivo era Torreón, la clave industrial, comercial y ferroviaria del espacio norteño y del avance hacia el sur. Pero en esos días iniciales de 1914 más allá no podía desplazarse. Necesitaba reponer y reforzar armamento y parque y la frontera norte estaba cerrada para ese comercio sin el cual ninguna guerra moderna existe.

Ahora bien: el 9 de febrero de 1914 Ernesto Madero —tío del presidente Madero que había sido secretario de Hacienda en su gobierno y en el interinato de Francisco León de la Barra— enviaba desde Nueva York a su amigo Jaime Gurza, alojado en el Hotel de France, en Madrid, una carta escrita en el pulido estilo de la aristocracia del Antiguo Régimen. Le pedía que le-

vantara el ánimo de un amigo común, amilanado por la difícil situación política, recordándole aquellos versos que dicen:²

No hay que perder la moral
Ni entregarse a las congojas.
No hay que aflojar el tamal
Aunque se pierdan las hojas.
Nunca al peligro te arrojes.
Procura ser moderado.
Cuando te veas apurado
Ni te aflijas, ni te aflojes.

Después de esta síntesis de política maderista en octosílabos, el tío Ernesto, hacendado, financista y hombre práctico, dejaba las cuartetas y pasaba a la prosa:

Con la última determinación que ha tomado el Presidente Wilson de levantar el embargo de armas y municiones, ha sido posible proveer a los constitucionalistas con grandes elementos de guerra y es seguro que de ahora en adelante caminarán las cosas más rápidamente. Se aproxima la batalla de Torreón, la cual ha tenido que demorar Villa por la falta de municiones. Pero en estos últimos días han mandado más de dos millones de cartuchos y más de cin-

² Ernesto Madero-Jaime Gurza, 9 de febrero de 1914, ADFMCZ-SHCP, FGY2525b.

co mil granadas, así que en un par de semanas probablemente podrán dar este esperado ataque.

Miraba después el escenario de la inminente batalla y no se orientaba mal:

Aunque Huerta ha procurado reforzar la guarnición de Torreón con la columna del general Joaquín Maass y la del general Agustín Valdez, yo creo que les va a entrar pánico cuando Villa resuelva el ataque, pues la mayor parte de las fuerzas federales están compuestas de soldados sin práctica ni disciplina, recogidos de leva en las calles de México, mientras que los constitucionalistas están ya muy bien fogueados y han demostrado lo que pueden hacer. Es seguro que después de que caiga Torreón el gobierno de Huerta se vendrá al suelo muy rápidamente.

Pero el hecho concreto e inmediato era que el 5 de febrero, ahora sí, el presidente Woodrow Wilson había abierto la frontera a los pertrechos de guerra para el Ejército Constitucionalista. Estaba tan interesado en intervenir en México como su antecesor William Howard Taft aunque, a diferencia de este, lo estaba haciendo a favor del constitucionalismo, mientras desde Alemania el Káiser Wilhelm inclinaba sus simpatías y sus apoyos hacia Huerta. Pero el Káiser estaba lejos y Wilson ahí nomás tras lomita.



La toma de Zacatecas

La situación mundial se había precipitado y aparecía inminente la Gran Guerra que estallaría en Europa en agosto de 1914. Estados Unidos quería seguridad en su frontera sur y el régimen de Huerta ya no era garantía.

Casi como jugada del azar y de la astucia, la corriente de municiones y de armas confluyó en ese mes de marzo con la incorporación a la División del Norte del general Felipe Ángeles, estratega y artillero, enviado por el Primer Jefe Venustiano Carranza con esa dosis de sabiduría práctica inmediata que era una de sus dotes de estadista: con el traslado de Ángeles satisfacía el insistente pedido del general de que se le asignara mando de tropa y no tareas de oficina y disolvía, al menos en lo inmediato, el descontento de Obregón y los jefes sonorenses hacia la presencia de Ángeles en el gabinete constitucionalista.

En ese momento la División del Norte reunió los tres grandes elementos de la batalla: jefes y tropa fogueados en la acción; armas y parque a discreción; y técnica militar de escuela con la incorporación de Ángeles y un puñado de oficiales, sus discípulos, avezados en el uso de la artillería.

El arma más moderna de la época se unía con un ejército aguerrido que confiaba en sus jefes —Calixto Contreras, Trinidad Rodríguez, Toribio Ortega, Maclovio Herrera, Tomás Urbina y tantos otros— y combatía por la tierra, el trabajo y el respeto a cada ser humano más allá del color de la piel o de la alcurnia. Tal vez al general Ángeles se le aparecían las imágenes de los ejércitos de la Revolución francesa que había entrevisto en sus lecturas de Jules Michelet y Jean Jaurès.

Entretanto en los pliegues de los días se escondía el azar, ese elemento inaprehensible y decisivo de las batallas, según habían escrito Carl von Clausewitz y otros teóricos tiempo antes, cuando los nuevos frutos del conocimiento científico se iban incorporando de pleno al arte empírico, intuitivo y azaroso de la guerra.

Torreón cayó el 2 de abril de 1914. Estaba al frente de los defensores José Refugio Velasco, el general más prestigioso y respetado del Ejército Federal. La plaza fue conquistada a costa de grandes bajas y destrucciones en una larga y durísima batalla en la cual hasta los momentos finales estuvo incierta la suerte de las armas. La ciudad y la Comarca Lagunera se convirtieron en el baluarte militar, económico y político del constitucionalismo.

Tomadas Gómez Palacio y Torreón, la División del Norte se lanzó sobre San Pedro de las Colonias, adonde se habían replegado los generales derrotados. El 14 de

abril, también con grandes pérdidas humanas y destrozos urbanos, la ciudad estaba tomada por los villistas.

Ese mismo día Villa rindió parte al Primer Jefe de la abrumadora victoria: el desastre de los federales no tenía precedentes. El 15 de abril Felipe Ángeles informó a Carranza la situación militar:³

Si no fuera por la expectativa mundial que había por la toma de Torreón la batalla de San Pedro de las Colonias sería mucho más importante porque en realidad lo es intrínsecamente. Todos los generales de la confianza de Huerta estaban en San Pedro y por telegramas recogidos en el cuartel general huertista aquí, se ve que en ellos cifraba Huerta el sostenimiento de su gobierno y que han quedado después de la derrota en estado completo de desmoralización. [...] Si las tropas del general González salieran por Hipólito y General Cepeda al encuentro del enemigo que salió de ésta lo aniquilaría por completo y quizá esto diera fin a la campaña. Suplícole encarezca al general González la urgente necesidad de que salga al encuentro de dicho enemigo. Respetuosamente, Felipe Ángeles.

Pablo González no se movió.

Pancho Villa y Felipe Ángeles regresaron a Chihuahua, la capital del Primer Jefe en esos días. Juan Barragán registró el encuentro en el que Villa se presentó con “uniforme blanco tocado de impecable gorra militar”. Agrega Barragán: “Villa en su conversación con don Venustiano le relataba en términos generales y dicción asaz pintoresca algunos detalles de las principales acciones de guerra que había librado, tanto en su campaña de Chihuahua como en la Comarca Lagunera”. Ausencia simbólica, en ese día Ángeles no se hizo presente ante Carranza.⁴

Pancho Villa, buen catador de hombres a primera vista según Silvestre Terrazas, Martín Luis Guzmán y otros que lo conocieron, dijo años después a Terrazas su impresión de ese encuentro con el Primer Jefe: “Al ver el modo de usar sus lentes y cierta torpeza al colocarlos, pensé luego: ‘Este hombre no nos llevará a buen fin. Dio ya en su vida cuanto podía dar’”.⁵ Mirada y juicio de huellero, habría dicho algún teórico del saber indiciario. Sea como fuere, desde entonces en los hechos de la vida el desencuentro quedó establecido.

Por esos días, el 21 de abril de 1914, las tropas de desembarco de Estados Unidos ocuparon el puerto de Veracruz con un pretexto de ocasión e impidieron que el

³ Archivo Juan Barragán, IISUE/AHUNAM, Caja I, expediente 2, folios 124-125.

⁴ Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, Stylo, México, 1946 (reimpresión por el INEHRM, 1985), p. 434.

⁵ Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, Era, México, 1985, pp. 130-131.

Ypiranga, barco de bandera alemana, descargara armas y municiones destinadas al Ejército Federal. El gobierno constitucionalista protestó con energía por la invasión y exigió el retiro de la tropa extranjera. Josephus Daniels hizo saber discretamente que no irían más allá de la ciudad puerto. Isidro Fabela se dio por enterado y con similar discreción agradeció por escrito una declaración pública de Daniels en favor del constitucionalismo.⁶ No fue el último contacto mantenido entonces en reserva.

Buena parte de lo demás, por importante y notorio que haya sido, fueron en cierta necesaria medida fuegos de artificio y reacomodos en torno al incidente, magistralmente descrito por Robert Quirk en su libro *Una cuestión de honor (An Affair of Honor)*.⁷

5

A inicios de mayo de 1914 Carranza y los jefes de la División del Norte se reunieron en Torreón para decidir la fase final de una campaña cuyo resultado ya estaba escrito. Allí estalló lo que podría llamarse “la disputa de Torreón”.

El Primer Jefe proponía que la División avanzara hacia el oeste para tomar Saltillo. Ángeles decía que esa era tarea de Pablo González, mientras la División debía marchar de inmediato hacia el sur sobre Zacatecas, para completar la destrucción del Ejército Federal y abrir al Ejército Constitucionalista el camino hacia la Ciudad de México, mientras Álvaro Obregón avanzaba por la costa del Pacífico.

No hubo acuerdo. No se trataba de las necesidades de la guerra sino de los imperativos de la política y, más allá del momento crucial de la batalla, política y poder dictan la ley de cada guerra. Villa, hombre mucho más político que Ángeles, zanjó la cuestión. Para evitar una ruptura en frío decidió acatar la orden: vámonos para Saltillo, le damos su ciudad al Jefe y nos lanzamos después sobre Zacatecas.⁸

En realidad en esta divergencia, arraigada en la composición social de los mandos y la estructura territorial de los ejércitos constitucionalistas, en ese momento to-

dos tenían razón; o, mejor dicho, cada uno tenía las propias, plenamente válidas.

Venustiano Carranza, el gobernante, estaba construyendo un Estado con su lógica y estructura afirmadas tanto en esa guerra como en la política nacional e internacional de la nación. No podía someter a discusión con sus subordinados su mando y sus fines.

Felipe Ángeles, el general, estaba encabezando una ofensiva militar que tenía también su lógica y sus exigencias: ante todo no romper el ritmo de la ofensiva, su *tempo*, y no dar tiempo ni espacio al enemigo para reorganizar sus fuerzas y salir del pasmo de las derrotas.

Pancho Villa, el caudillo militar, como hombre de guerra compartía las razones y los apremios de Ángeles; y como caudillo político comprendía, aunque no los compartiera, los motivos y la premura de Carranza. Pero sus exigencias eran otras y venían de muy atrás y muy hondo en los agravios de su pueblo. Carrancismo, maderismo y villismo fueron los nombres políticos —tan inexactos como verdaderos— con que fue descrita esta disputa de Torreón.

El 17 de mayo la División del Norte se lanzó sobre Paredón. “Bastaron tres horas para que el enemigo hubiera en precipitada fuga, dejando toda clase de elementos de guerra”, escribió Juan Barragán tiempo después. La crónica de Julio Prieto fue vívida y precisa:⁹

La noche de ese mismo día el general Ortega atacó Ramos Arizpe derrotando a Orozco. Los disparos de esos combates metieron el pánico en Saltillo, que fue evacuada el 18 en la noche. El 19 entraron a esa plaza algunas de nuestras fuerzas, encontrando a la población saqueada y con los principales edificios incendiados por los federales.

Bajo forma cifrada, esos momentos preñados de destino también quedaron en el corrido. Así va la letra de *El Siete Leguas*:

Oye tú, Francisco Villa,
Qué dice tu corazón.
Ya no te acuerdas, valiente,
Cuando tomaste Torreón.
Ya no te acuerdas, valiente,
Que atacaste Paredón.

Por otra parte, al igual que en otras artes instantáneas —la música, el juego, la navegación a vela, la enseñanza— también en el arte de la guerra antes de que aparezcan el amigo, el rival o el enemigo, está el espíritu interior, la inspiración. Pero dejó esta cuestión a quienes más saben.

⁹ Julio Prieto, “Carta a sus padres” en *Relatos e Historias de México*, noviembre de 2009, número 15, p. 29.

⁶ Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana - Las relaciones internacionales en la revolución*, Editorial Jus, México, 1970, tomo I, pp. 69-70. “El Constitucionalista”, Chihuahua, 23 de abril de 1914. El mensaje fue publicado también en *The New York Times*, Nueva York, 23 de abril de 1914.

⁷ Robert E. Quirk, *An Affair of Honor - Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*, W. W. Norton, New York, 1967.

⁸ Juan Barragán Rodríguez, *op. cit.*, p. 476; Byron Jackson, *Felipe Ángeles. Político y estratega*, Gobierno del Estado de Hidalgo-Secretaría de Desarrollo Social/ Instituto Hidalguense de la Cultura/Coordinación de Comunicación Social, Pachuca, 1989, pp. 64-65; Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, 1964 (tercera edición), pp. 91 y ss.

Saltillo cayó como fruta madura el 20 de mayo de 1914 en manos de las fuerzas de José Isabel Robles. La División del Norte le devolvió al Primer Jefe su ciudad capital y reinició su camino hacia Zacatecas.

El 22 de mayo el general Aureliano Blanquet, secretario de Guerra, recibió un mensaje urgente del general Luis Medina Barrón, jefe de esa plaza. Le informaba que “han salido de aquí todas las personas de dinero” y se agotan los fondos.¹⁰ La amenaza sobre la ciudad se aproximaba, quienes podían irse se iban.

Entretanto, el Primer Jefe se había estado reuniendo en Durango con Pánfilo Natera, el general zacatecano jefe de la División del Centro, y los hermanos Domingo y Mariano Arrieta, jefes de la División Durango y caudillos regionales por derecho propio, para planear la toma de Zacatecas con sus fuerzas al margen de la División del Norte.

Era lo que se llama una jugada, pero dicen que en la guerra todo se vale.

El 25 de mayo Venustiano Carranza ordenó a Pánfilo Natera atacar Zacatecas. El 27 de mayo, el general inició su avance sobre Fresnillo y Zacatecas. El 29 de mayo, Pancho Villa estaba de regreso en Torreón.

El 10 de junio Carranza informó a Villa que en ese día Natera empezaba sus “operaciones sobre la plaza de Zacatecas”. “Las fuerzas pertenecientes a su guarnición”, le ordenaba, deben aprontarse para reforzar a los atacantes “en caso de ser necesario”. Dos horas después Villa respondió que ya estaba cumpliendo “sus superiores órdenes en el sentido que indícame”.¹¹

Nada se movió en Torreón. Al día siguiente, 11 de junio, el Primer Jefe envió otro telegrama repitiendo sus órdenes: “Si no lo ha reforzado todavía ordene usted que en número de tres mil hombres cuando menos salga a reforzar al general Natera llevando dos baterías de artillería”. El Primer Jefe dictaba al general Francisco Villa, que venía de tomar Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón y Saltillo, lo que debía hacer en el campo de batalla. No podía ignorar don Venustiano que era una ofensa, pero tampoco podía dejar pasar la desobediencia de su díscolo subordinado.

Pancho Villa telegrafió ese mismo día señalando “la conveniencia de que hagamos desde luego el movimiento de toda la División de mi mando con el objeto de asegurar el éxito de las operaciones”, para lo cual “sería conveniente que ordenara al señor general Natera que

¹⁰ AHSDN-RR, XI.481.5-334, folios 252 y 253.

¹¹ Los textos de los telegramas intercambiados están tomados de “Proyecto de Manifiesto que los Jefes de la División del Norte dirigen a la Nación”, CEHM-CARSO, Fondo CMX Federico González Garza, legajo 3462.



Venustiano Carranza

suspendiera el ataque a la plaza hasta mi llegada, para no sacrificar gente inútilmente pues tengo noticias de que ha sido rechazado en sus intentos de tomar la plaza”.

Ahora era Villa quien daba consejos al Primer Jefe sobre cómo conducir el teatro de la guerra. El 12 de junio Pánfilo Natera, en efecto, tuvo que replegarse. La desobediencia de Pancho Villa había salvado a su División de una derrota subordinada y tal vez decisiva para su impulso y su moral.

7

El 11 de junio, Jueves de Corpus, Silvestre Terrazas, enviado por Villa, se entrevistó con Venustiano Carranza para buscar modo de resolver la crisis. Carranza escuchó pero, refiere Terrazas, “aunque correctamente, don Venustiano no ocultó ya su predisposición [...]. Se expresó muy duramente de Villa, especialmente por su

negativa del auxilio pedido para Zacatecas”, y resolvió cada cuestión en contra de sus propuestas.

En la noche de ese mismo día Terrazas informó a Villa estos resultados. A las primeras noticias, dice Terrazas,¹²

entró Villa en tal explosión de ira que soltó terribles amenazas contra Carranza y sus colaboradores, [...] llegando finalmente a una resolución tremenda, gravísima, que reveló más que ninguna otra su estado de ánimo y la lucha interior que sostenía: “¡No! ¡No hay más remedio! —gritaba—. ¡Nos vamos sobre Saltillo, a colgar a ese viejo y a sus achichincles! ¡Es imposible aguantarlo más! ¡Con siete mil hombres tengo para cercarlos y colgarlos a todos!”.

Terrazas refiere que, recordando el odio de Villa hacia Pascual Orozco, sólo atinó a gritarle: “No, general, no cometa el error de rebelarse. ¡No se ponga a la altura de Orozco!”. Villa lo miró fijo y duro, se fue calmando y después lo citó para la mañana siguiente. Lo encontró entonces al cuidado de su médico, el doctor Raschbaum, víctima de “un terrible derrame de bilis”. En ese estado conversó con varios de sus generales —Ángeles, González Garza, Medinaveytia, Robles y otros—, que lo convencieron de abandonar su idea. Esos tres primeros fueron especialmente insistentes, según registró Terrazas.

El 12 de junio, cuando ya Pánfilo Natera había iniciado su repliegue, Villa recibió un telegrama “muy urgente” enviado desde Saltillo por el Primer Jefe: “Me comunica el general Arrieta que ha ocupado magníficas posiciones en aquella ciudad [Zacatecas] y que necesita parque y artillería para ocuparla”. Si “usted no ha movido aún sus fuerzas no debe perderse todo lo ocupado de la ciudad que con un ligero esfuerzo quedará en nuestro poder. En lugar de tres mil, puede usted mandar cinco mil, y si es posible mande usted algún parque 30-30 y máuser para municionar las fuerzas de los generales Natera y Arrieta que se encuentran atacando aquella capital”.¹³

Esa noche, informado de que Natera y Arrieta ya se habían retirado sin remedio, Villa telegrafió a don Venustiano: “tengo muchos deseos de movilizar desde luego las fuerzas de mi mando”. Pero el general José Isabel Robles se encuentra enfermo y por los recientes aguaceros “hay algunos deslaves en la vía férrea”. El telegrama se cerraba con extrema cortesía: “Ya ordeno que inmediatamente se hagan las reparaciones del caso para cumplimentar sus superiores órdenes. Salúdolo afectuosamente. El General en Jefe, Francisco Villa”.

Contenido y tono de la respuesta tenían que resultar intolerables para la Jefatura en Saltillo. Quien la enviaba desde Torreón no podía no saberlo.

¹² Silvestre Terrazas, *op. cit.*, pp. 146-147.

¹³ “Proyecto de Manifiesto...” *op. cit.*, pp. 6-7.

“Hemos llegado al cruce de los caminos en que se abre una Y griega de brechas amplias y rojas”, escribió años después Luis Aguirre Benavides. “Es el momento crítico en que se va a iniciar la gran división faccional de la Revolución. Es el 13 de junio de 1914: un lenguaje hasta ahora desconocido, violento y arrogante, se entabla entre las dos figuras más altas de la revolución”.¹⁴

8

Temprano en la mañana de ese 13 de junio Villa pidió una conferencia telegráfica con Carranza. Esta comenzó a las ocho en punto. En la oficina de Saltillo estaban presentes Venustiano Carranza, Gustavo Espinosa, Jacinto B. Treviño y Juan Barragán.¹⁵ El escueto telegrama decía: “Torreón, Coah., junio 13 de 1914. Señor V. Carranza, Saltillo, Coah. Buenos días le dé Dios. Villa”.

Villa estaba solo con el operador en la oficina telegráfica privada del cuartel general de la División. Carranza devolvió el saludo y preguntó el objeto de la conferencia. Así empezó la respuesta: “No puedo auxiliar al general Natera antes de cinco días, porque el movimiento de tropas no se puede hacer antes de ese plazo. Señor ¿quién les ordenó a esos señores fueran a meterse a lo barrido sin tener seguridad del éxito completo, sabiendo usted como ellos que tenemos todo para ello?”.

Pero ahí no acababa. Líneas más abajo Villa agregó: “Ahora dígame usted, señor, si al salir yo con la División de mi mando voy a quedar bajo las órdenes de Arrieta y Natera y si tomo las plazas para que ellos entren. Seguramente que al entrar a una plaza como esa, si las fuerzas de dichos generales cometen desórdenes estando yo allí no lo permitiré y en esta forma creo que todos vamos dando pasos para atrás. Sírvase decirme cómo vamos a hacer”.

Como conclusión, Pancho Villa ofrecía entregar el mando de sus fuerzas a la persona que el Primer Jefe designara, pero antes “desearía saber quién es ella para que si la juzgo apta y capaz para que cuide de ellas como yo mismo, está bien, pues yo hago a usted esta observación con el único fin de cuidar de mis soldados y como el soldado más fiel que rodea a usted. Sírvase contestarme sobre estos puntos lo que a bien tenga”.

El Primer Jefe respondió recordando a Villa que sin su ayuda y su guía la División no habría podido ganar sus batallas. Pocas afirmaciones podían ser más hirientes. El intercambio de recriminaciones concluyó en un breve mensaje de Villa: “Estoy resuelto a retirarme del mando de la División. Sírvase usted decirme a quién la entrego”.

¹⁴ Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa – Memorias de un revolucionario*, México, sin editorial, 1966, pp. 139-140.

¹⁵ Juan Barragán Rodríguez, *op. cit.*, p. 517.



Francisco Villa y sus tropas entrando en Zacatecas

El Primer Jefe aceptó sin tardanza la renuncia y convocó a Saltillo a los generales de la División del Norte para designar por acuerdo un nuevo jefe. Allí desaparecía Pancho Villa de la escena de la guerra y de la Revolución.

A esa altura ya estaban reunidos los generales de la División del Norte en la oficina telegráfica de Torreón. Después de las imprecaciones y la barahúnda imaginables, respondieron que se retiraban a comer. Respondieron a Carranza que se citaban allí mismo para el día siguiente a las diez de la mañana, “con objeto de resolver el asunto que tienen pendiente con usted”.

Lo que siguió fue pintoresco y, para un observador externo, inesperado e insólito. Lo contó años después Silvestre Terrazas: “Siendo ese mismo día, el 13 de junio de 1914, el cumpleaños del señor general don Felipe Ángeles, se organizó a toda prisa un banquete en su honor que resultó animadísimo, el que fue presidido por el general Villa, concurriendo todos los generales de aquella región y algunos otros invitados, resultando tan entusiasta y cordial que nos dejó un recuerdo imborrable a través de muchos y muchos años”.¹⁶

9

El 14 de junio quince generales, encabezados por Toribio Ortega, aquel que se había alzado en armas en Cuichillo Parado el 14 de noviembre de 1910, seis días antes

de la fecha fijada, y dos coroneles, Manuel Medinaveitia y Raúl Madero, telegrafiaron a Carranza pidiendo el rechazo de la renuncia del general Villa. No tuvieron éxito.

El Primer Jefe respondió por la negativa, volvió a convocar a Saltillo a los firmantes y los amonestó: “Espero que tanto ustedes como el general Villa sabrán cumplir con sus deberes de soldados y acatarán las disposiciones que he dictado con motivo de la dimisión del mando del general Villa”.¹⁷

Era la ruptura. Los generales respondieron con un violento mensaje denostando la “malévola resolución” del Primer Jefe e informándole que “la resolución de marchar hacia el sur es terminante y por consiguiente no pueden ir a ésa los generales que usted indica”. Felipe Ángeles fue el redactor de “ese monumento de insolencia”, como lo llamó después Juan Barragán.

El 16 de junio Pancho Villa y sus generales se pusieron en movimiento desde Torreón sobre la plaza de Zacatecas. Se estaban jugando el todo por el todo. Eran ahora un ejército en guerra contra el gobierno enemigo y su Ejército Federal, y en desobediencia hacia su propio gobierno, la Primera Jefatura Constitucionalista.

La División del Norte estaba obligada a vencer y debía hacerlo rápido, en un asalto violento y seguramente costoso contra la bien defendida plaza de Zacatecas. Pues su desobediencia no podía durar y alargarse en un sitio sobre la ciudad, como después se sugirió no de muy buena fe.

¹⁶ Silvestre Terrazas, *op. cit.*, p.151.

¹⁷ “Proyecto de Manifiesto...”, *op. cit.*, p. 12.

O bien triunfaba en un día, ese día en el siglo; o quedaba atrapada entre dos fuegos, uno de sus amigos y el otro del enemigo, desprovista de abastos y condenada a la suerte de Pánfilo Natera y los Arrieta. La audacia fue su virtud, el arte militar su arma, la furia y el arrojo su sustancia, y la victoria su premio.

No toca en este punto relatar lo mucho sucedido durante el avance de la División y en ese día decisivo, el 23 de junio, cuando se combatió la batalla que culminó en la toma de Zacatecas. Allí quedó destruido el Ejército Federal y sellada la suerte de Victoriano Huerta. Antes de un mes renunció y partió a un exilio sin regreso.

10

La toma de Zacatecas puede ser pensada como el cierre de una breve y violenta campaña sin cesuras o como el encuentro final de una prolongada batalla en episodios: Torreón, entre el 20 de marzo y el 2 de abril; San Pedro de las Colonias, el 13 de abril; Paredón, el 17 de mayo; Saltillo, el 20 de mayo; Zacatecas, el 23 de junio. Después de tan espléndidas victorias, los generales Villa y Ángeles acordaron marchar de inmediato sobre Aguascalientes, hacia la meta material y simbólica de la Ciudad de México.

El 25 de junio Felipe Ángeles anotó en su diario:¹⁸

Sobre mi Turena, que saltaba deliciosamente los muros y las anchas zanjas, fui a rogar a mi general Villa que me diera cuatro brigadas de caballería para ir a tomar Aguascalientes.

—Le voy a dar siete, mi general.

Y dio las órdenes a los jefes de ellas, y yo di la mía de marcha para el día siguiente. [...] El domingo entraríamos seguramente a Aguascalientes. Pero la suerte dispuso las cosas de otro modo.

Resultó, al menos según escribió en su diario el general, que no tenían municiones para ir mucho más lejos. Por órdenes de Carranza, el Ejército del Noreste no las dejaba pasar desde Tampico, ni tampoco carbón desde Monclova: “Nuestro regreso al norte se hizo indispensable”, concluía esa entrada del diario. No es seguro que Ángeles tan así lo pensara. Pero así había recibido las órdenes y así las acató. No había de otra.

La entrada siguiente es del 8 de julio, casi dos semanas después. Es breve y cierra el diario. No dice de la guerra, sino de los sentimientos del general en el momento del repliegue: “¡Triste y a la vez delicioso rodar de nuestros trenes por los, ahora, verdes campos del es-

¹⁸ Felipe Ángeles, *op. cit.*, p. 250.



Felipe Ángeles

tado de Chihuahua! ¡Rápido desfile de postes y arbutos ante el cuadro de una ventanilla, tras de la cual estos apuntes sobre mis rodillas!”¹⁹

¿Por qué “triste rodar”, si no habla de guerras ni derrotas? Basta mirar en un mapa la larga línea de la retirada hacia el punto de partida, la ciudad de Chihuahua, para comprender la amargura de esas palabras. Zacatecas había sido la última hazaña en la saga de la División del Norte antes de replegarse hacia su tierra de Chihuahua y la última gran batalla del Ejército Federal antes de disolverse en la derrota.

11

La batalla de Zacatecas, sin embargo, fue más allá de su significado militar. Repercutió hondamente en la relación de fuerzas sociales en la Revolución. Un ejército de campesinos, vaqueros y mineros norteros, con Pancho Villa y sus plebeyos generales a la cabeza, había destrozado al temido y odiado Ejército Federal. No tan sólo la relación de fuerzas militar, sino sobre todo la social se había desplazado violentamente hacia las demandas y los anhelos populares.²⁰

Un doble movimiento en la política y en las armas tuvo lugar en esos días febriles.

Por un lado, Carranza ordenó al general Obregón marchar rápidamente sobre Guadalajara y la Ciudad de México.²¹ Por las razones de Carranza y por las suyas propias, el general sonoreense avanzó y el 7 de julio destrozó en Orendain a la columna federal que le salió al paso. El 8 de julio, tomada Guadalajara, informó al Primer Jefe: “En estos momentos, 11 a.m., telegrafía a usted desde el Palacio de Gobierno de esta capital”. Estaba recogiendo frutos del quiebre federal en Zacatecas.

Por el otro, una delegación de generales del Ejército del Noreste, con la anuencia del Primer Jefe, entabló negociaciones con la División del Norte para tratar de limar las diferencias. Como resultado se realizaron las Conferencias de Torreón entre el 4 y el 8 de julio, cuyos acuerdos no fueron finalmente aceptados por Carranza.²²

¿Y por qué habría de hacerlo si Álvaro Obregón, desde Jalisco, avanzaba vencedor sobre la Ciudad de México, que a mitad de agosto se rendiría a sus armas? Su

anuencia condicionada a esa reunión le significaba ganar tiempo antes de la ruptura definitiva con la División, mientras el Ejército del Noroeste se aproximaba, vencedor, a tomar la capital de la República.

Entretanto, reflejo de la efervescencia política y social después de Zacatecas, los representantes del Ejército del Noreste y de la División del Norte aprobaron en la ciudad norteña, como propuesta de adición al Plan de Guadalupe, una cláusula octava y última de los acuerdos de Torreón, llamada después “Cláusula de Oro”. Decía:

Octava.— Siendo la actual contienda una lucha de los desheredados contra los abusos de los poderosos y comprendiendo que las causas de las desgracias que afligen al país emanan del pretorianismo, de la plutocracia y de la clerecía, las Divisiones del Norte y del Noreste se comprometen solemnemente a combatir hasta que desaparezca por completo el Ejército ex Federal, el que será sustituido por el Ejército Constitucionalista; a implantar en nuestra nación el régimen democrático; a procurar el bienestar de los obreros; a emancipar económicamente a los campesinos haciendo una distribución equitativa de las tierras o por otros medios que tiendan a la solución del problema agrario; y a corregir, castigar y exigir las debidas responsabilidades a los miembros del Clero Católico Romano que material o intelectualmente hayan ayudado al usurpador Victoriano Huerta.

La respuesta del Primer Jefe fue terminante: “Respecto a la cláusula octava que se aprobó en las conferencias, debo expresar que los asuntos emitidos en ella son ajenos al incidente que motivó las conferencias”. Aun así, en torno a los temas de esa cláusula disputada y crucial iba a girar la Convención de Aguascalientes unas semanas después.

Pero la guerra de la División del Norte había concluido en Zacatecas. El 13 de agosto el Ejército Federal rendía sus armas en Teoloyucan ante el general Álvaro Obregón y el 15 de agosto el Primer Jefe, Venustiano Carranza, tomaba la capital de la República con su alto significado simbólico y su inapreciable botín de armas y pertrechos federales.

Por esos días Felipe Ángeles, en la distante Chihuahua, escribía su larga y apasionada “Justificación de la desobediencia de los generales de la División del Norte”.²³ Mientras su pluma corría por el papel el general no cesaba de pensar que el momento mágico lo habían dejado ir cuando no se lanzaron a tomar Aguascalientes. Por allí había pasado la línea divisoria que traza sólo una vez el ángel de las batallas.

Zacatecas, 19 de junio de 2014 **U**

²³ En Jesús Ángeles Contreras, *El verdadero Felipe Ángeles*, Universidad Autónoma de Hidalgo, México, pp. 99-117.

¹⁹ Felipe Ángeles, *ibidem*, p. 251.

²⁰ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, Era, México, 1994, pp. 151-153.

²¹ Juan Barragán Rodríguez, *op. cit.*, tomo I, pp. 564-566.

²² El acta oficial de la reunión en Luis y Adrián Aguirre Benavides, *Las grandes batallas de la División del Norte*, Editorial Diana, México, 1964 (novena reimpresión, 1979), 205 pp., capítulo “La Junta de Torreón”, pp. 179-187. El acta completa y las respuestas de Carranza, también en Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio de Emiliano Zapata, México, 1979, tomo IV, pp. 146-154.